

lientes vencen: los americanos se replegan á la loma inmediata, dejándonos por trofeo uno de sus cañones y tres banderas.»

«En estos momentos se presentan al general en jefe unos parlamentarios, intimando rendicion. Santa Anna les contesta con dignidad, negándose á acceder á tan original pretension: Hubiéramos pasado este hecho en silencio, como insignificante, sino fuera porque el envío de los referidos parlamentarios, provino de la inteligencia en que estaba el general Taylor de que Santa Anna le habia enviado otro previamente, y así lo asegura en su parte oficial. En aclaracion de los hechos, vamos á explicar en lo que consistió esta equivocacion.»

«Al dar nuestras tropas la segunda carga, el teniente de plana mayor D. José María Montoya, que iba en las primeras filas, quedó confundido entre los americanos. Viéndose solo, y no queriendo ser muerto ni hecho prisionero, se valió de la estratagema de fingirse parlamentario, por lo que fué llevado á la presencia del general Taylor. Este lo hizo volver á nuestro campo, en compañía de dos oficiales de su ejército para que se entendieran con el general Santa Anna; pero Montoya, que tenia sus razones para no presentársele, se separó de los comisionados, los que cumplieron con su encargo.»

«Después del segundo combate, que seria entre las diez y las once del dia, cayó una ligera llovizna: los soldados toman algun respiro, y á las once vuelven á marchar de nuevo sobre las posiciones del enemigo. Habian vuelto ya á entrar entónces en batalla los zapadores y demás cuerpos, que estuvieron de reserva. El general Taylor, creyendo débil nuestra izquierda, hace avanzar algunas fuerzas en aquella direccion, las que hallan una resistencia invencible. La brigada de Torrejon carga sobre ellos, y pierde á sus mejores oficiales y soldados. La

accion se generaliza, nuestra línea avanza: los cuerpos ligeros, que en el curso de la batalla habian hecho retroceder á las tropas que encontraron al paso, estaban ya en el extremo de la loma misma en que se batian los enemigos. De nuevo se empeña la refriega; por ambos lados se multiplican los muertos y heridos: unos atacan bizarramente: otros se defienden con gallardía; ninguno cede: el combate se prolonga por horas enteras; y solo al cabo de inauditos esfuerzos, es cuando se logra arrollar al enemigo hasta su última posicion. Otras dos piezas suyas y una fragua de campaña, cayeron en nuestro poder.»

«En aquellos instantes se suelta un fuerte aguacero: las tropas, muertas de cansancio, se detienen: el general Taylor, que ha tenido que retroceder de loma en loma, perdiéndolas todas después de una obstinada resistencia, se prepara á hacer el último esfuerzo ántes de ceder enteramente la palma de la victoria, pero la batalla ha cesado: la carga que se acababa de dar, fué el postrer empuje de nuestras fuerzas. El enemigo no se cree derrotado, porque si bien ha perdido todas sus posiciones, ménos una, le basta conservar esta en actitud hostil para pretender la gloria del vencimiento. Por nuestra parte, se proclama el ejército vencedor: alega por títulos los trofeos adquiridos, las posiciones tomadas, las divisiones enemigas vencidas. La verdad es que nuestras armas derrotaron á los americanos en todos los encuentros, sin que el éxito de la batalla nos fuera favorable; hubo tres triunfos parciales; pero no una victoria completa.»

«Durante la accion, la brigada del general Miñon estuvo á retaguardia del ejército de Taylor, aproximándose ya á Buenavista, ya al Saltillo. Su inaccion ha dado lugar á una ardorosa polémica entre los generales Santa Anna y Miñon, en la que no entraremos nosotros, por que nues-

tro objeto principal es referir los hechos tales como pasaron, sin tomar parte en las discusiones á que algunos han dado lugar.»

«La nacion tuvo que lamentar sensibles pérdidas en esta batalla: allí se derramó la sangre de sus hijos mas valerosos: cuarenta gefes salieron heridos: entre los muertos debemos mencionar á los tenientes coroneles D. Francisco Bertra y D. Félix Asoños; comandante de batallon D. Julian de los Rios; y comandantes de escuadron, D. Ignacio Peña, D. Juan Lullando y D. José Santoyo, que sucumbieron sobre el mismo campo de batalla.»

«En la relacion antecedente no se ha hecho mas que explicar los movimientos del ejército entero, omitiendo rasgos de valor y patriotismo, en que no se puede entrar en esta clase de artículos. Con todo, diremos en general: que á mas de las personas cuya conducta se ha elogiado con justicia, hubo muchas otras que merecieron igualmente la estimacion de sus conciudadanos.» Se vió á varios gefes de cuerpo tomar en la mano la bandera del suyo, y conducir á los soldados al combate, ocupando el puesto del mayor peligro. La oficialidad se condujo con dignidad y decencia. El valor de las tropas ha logrado las alabanzas aun de los mismos enemigos, que solo han hablado mal de algunos generales, asegurando que si todos hubieran imitado el ejemplo de sus subordinados, habrian decidido en favor nuestro el éxito de la batalla.»

«El general Santa Anna no ha participado de esta inculpacion. Amigos y enemigos han reconocido el valor con que constantemente arrojó el fuego. ¡Lástima es que sus combinaciones no correspondieran á su denuedo; que sus faltas ofuscaran el esplendor de sus méritos; que sea preciso censurar su conducta como general, al mismo tiempo que alabamos su arrojo de soldado!»

«La batalla de la Angostura habia concluido. Las co-

lumnas, dueñas del campo de batalla, recibieron de improviso la orden de poner fin al combate y retirarse á la oracion de la noche para Agua Nueva, donde encontrarían las provisiones y recursos de que tanto necesitaban, y que faltaron enteramente en el sitio donde habian peleado. La retirada comenzó por la artillería, los trenes y los carros; en seguida iban las diversas brigadas y cuerpos, quedando encargado de pernoctar en el campo, y de hacer lumbradas en toda su extension, para engañar al enemigo, el general Torrejon con la tercera brigada, compuesta de un escuadron del Ligero de caballería, los regimientos 3º, 7º y 8º y el activo de Guanajuato.»

«Nuestros soldados habian desplegado un valor digno de mejor suerte: se habian arrojado con intrepidez sobre el enemigo, salvando barrancas, subiendo lomas, precipitándose sobre las baterías americanas que aclaraban sus filas; y al caer heridos de muerte, exclamaban «Viva la República», y espiraban. Así peleando por causas menos justas, se encarece que los valientes del ejército grande que el capitan del siglo mandaba, fallecieron en el combate, sin proferir en su agonía mas gritos que los de «Viva la Francia! ¡Viva el Emperador!»

«A aquellos cuyas heridas eran de ménos gravedad, los llevaban á media legua del lugar de la accion, y allí, al aire libre, unos pocos facultativos, con remedios contados é insuficientes, los curaban eficazmente. Tal era el *hospital de sangre* en que fueron asistidos, desde los gefes de mas distincion y categoría, hasta los mas infelices soldados. Esos desgraciados no sabian aún la suerte que les estaba reservada: ellos no podian conocer que la muerte hubiera sido para muchos un mal menos funesto, un destino envidiable.»

«Al tomar el ejército el camino para Agua-nueva, una escena de horror vino á conmovier el corazon de los que

habian visto con serenidad el peligro en los momentos mas críticos del combate. Los heridos ascendian á ochocientos; y el corto número de medios de trasporte de que se podia disponer, no permitia que fueran llevados todos. Fué, pues, preciso entregar á una gran parte á su desgraciada suerte. Esos hombres abandonados en medio del desierto, revolcándose en su sangre, tiritando de frio, con una sed devoradora, y sin medicinas, sin abrigo, sin alimento, veian desaparecer á sus compañeros, llevándose consigo su vida, su esperanza, y manifestaban en su rostro livido, la horrible calma de la desesperacion. A su vista se presentaban ya los coyotes y perros, que esperaban el momento en que podrian empezar su espantoso banquete. Los que mas afortunados pudieran escapar de los horrores de aquella noche, tenian á lo menos un porvenir menos cruel: contaban con la piedad de los enemigos; y en obsequio de la justicia, debe decirse, que estos cumplieron con lo que mandan las leyes de la guerra, y exigen los deberes de la humanidad.»

«Por su parte los que se retiraban, no podian ver sin un vivo dolor á aquellos heridos que tenian que abandonar. Muchos dejaban entre ellos, parientes, amigos, de quienes iban á separarse para siempre; y sin poder siquiera pagarles el último tributo del cariño, los dejaban para que los coyotes hicieran pasto de sus restos. Y para colmo de infortunio, no era esa la postrer pena que tenian que sufrir en aquella noche del veintitres, que ocupara una página de luto en nuestros fastos militares.»

«La retirada habia empezado á la oracion; pero el ejército, que no formaba ya mas que una masa informe, caminaba lentamente, embarazándose unas brigadas á otras, y avanzando con dificultad. Así fué que, aunque el campo de batalla no distaba mas que cuatro leguas de Agua-Nueva, no se comenzó á llegar á este punto sino de

las diez de la noche en adelante. Aquella hacienda, que los americanos habian incendiado al retirarse, ardia aún cuando volvieron nuestras tropas. A un lado del camino habia un estanque fangoso, al que se arrojaron los soldados muertos de sed; pero el agua en vez de procurarles algun alivio, solo sirvió para abrirles la tumba, pues apenas la habian tomado, cuando espiraban en medio de las mas horribles convulsiones. Los pocos heridos que habian logrado arrastrarse hasta allí, y muchos de los que llegaban fatigados, aunque sin lesion, fallecieron de esa manera; y su sangre mezclada con el fango del estanque, hacia mas insoportable esa bebida. Y sin embargo, no habia otra agua con que saciar la sed devoradora de la tropa, y no faltó quien acercara sus labios á aquel brebaje inmundado, asqueroso y mortífero.»

«Pronto el aspecto de los cadáveres, el estertor de los moribundos, las quejas de los heridos, las maldiciones de todos, añadieron una nueva afliccion á los espíritus contristados ya por tantos padecimientos. El espectáculo que se ofrecia á la vista, infundia el mas penoso desconsuelo: se andaba sobre los muertos; se atropellaba á los que no habian aún exhalado su último aliento: por un lado se encontraban mujeres sollozando sobre los cuerpos ya inertes de sus deudos; por otro se presentaban asistiendo á los que padecian de sus heridas: éstas lavaban ropa sucia en la agua llena de lodo y de sangre: aquellas acallaban á sus hijuelos que lloraban sin saber por qué. Los carros y los trenes embarazaban el camino: las bestias de carga tropezaban á cada paso: los caballos y mulas de silla y tiro, cansadas y sin haber comido, apenas podian moverse: todo era confusion, todo angustias y sufrimientos. A lo menos en el campo de batalla, la noche, con sus sombras protectoras, encubria la mitad de los estragos; pero en Agua-nueva el cuadro de los horrores de la

retirada se descubrió en toda su deformidad, alumbrado por la luz rojiza del incendio, que se confundía con los rayos pálidos de una luna amarillenta y lúgubre.»

«Por fin, acabaron de llegar todos los cuerpos, y sin establecer orden ni arreglo, cosas imposibles en aquel momento, se distribuyeron los víveres que había. El resto de la noche se pasó descansando parte de la fuerza, y entregada la otra á los sufrimientos que no había medio de aliviar. Al amanecer el día 24 se tocó llamada: aquel toque guerrero reanimó á las tropas, disipando el desaliento que se había apoderado de sus ánimos, al ver de cuán poco habían servido tantos trabajos y esfuerzos. La revista que se mandó tomar dió á conocer la inmensa pérdida del ejército, ocasionada, no tanto por las bajas habidas en la batalla, cuanto por la dispersion de la noche anterior, dispersion que se continuó los días siguientes, y cuyo resultado fué que los cuerpos quedaran reducidos á meros cuadros, en que apenas se veían unos cuantos oficiales y soldados, agrupados junto á su bandera.»

«Para establecer algun orden, se dispuso la formacion de nuevas líneas, reorganizando los batallones con compañías de diversos cuerpos, á fin de que el ejército presentara aún un aspecto imponente. Acababa apenas de verificarse ésta operacion, cuando llegaron tres oficiales enemigos con el carácter de parlamentarios. Conducidos á la presencia del general en jefe, manifestaron que nuestros heridos habían sido recogidos y enviados al Saltillo, donde se les asistía con todo esmero: hicieron á nombre del general Taylor un pomposo elogio del valor que nuestras tropas habían desplegado en la batalla, y ofrecieron, de parte del mismo, los refuerzos y provisiones que sabia escaseaban en el campo. Brindaron, por último, con un arreglo sobre suspension de hostilidades y modo de terminar las diferencias existentes entre las dos naciones.

El general Santa Anna les contestó que agradecía cual era debido, así la buena conducta observada con los heridos, como las ofertas generosas que se le hacian, pero que ni podia admitirlas, ni ménos entrar en un convenio, para el que no estaba autorizado por su gobierno, y que era además imposible, mientras no quedara libre el terreno que ocupaban las fuerzas americanas.»

«En el curso de la entrevista dispuso el mismo general, que en vez de que los oficiales parlamentarios volvieran á su campo con los ojos vendados, conforme al uso establecido para casos semejantes, se les pasara por enfrente del ejército para que vieran el estado que guardaba, y le pasasen revista si gustaban. El objeto que llevaba al dar este paso, era el de que se convencieran por sus propios ojos de que la retirada de la Angostura no había sido originada por terror á las armas enemigas, como igualmente de que, si había que combatir otra vez, no le faltaban los medios necesarios, contando aun con una division florida, y con pertrechos y municiones en gran número.»

«En efecto, los oficiales parlamentarios, acompañados de dos ayudantes de Santa Anna, pasaron revista á las fuerzas que permanecian aun sobre las armas. Su aspecto marcial, su continente respetable, su disciplina, y el valor que acababan de acreditar en Buena Vista, llamaron vivamente la atencion de los enemigos, que les prodigaron elogios de todo género.»

En la noche del día 24 reunió el general Santa Anna una junta de oficiales generales para resolver, que partido convendría tomar; y fué opinion general que el ejército se retirase hasta San Luis Potosí, como en efecto se hizo empezando á moverse la division el día 25. Esta contramarcha fué aun mas penosa por la completa escasez de víveres que se notaba en el ejército, ni poderseles propor-

cionar en los puntos del tránsito: esto hizo, que á la multitud de heridos que se llevaban se aumentaran los enfermos á causa del frio, de las fatigas de la marcha y de la falta de agua y alimentos para que los soldados pudieran recobrar sus fuerzas; y así fué que cada dia aumentaban las bajas en un número muy considerable, y á consecuencia de todo crecia el desórden en las tropas y se perdía la moral y la disciplina en el soldado. Pero en medio de tantas penalidades procuraban los soldados fortalecer su resignacion con los consuelos de la Religion, demostrando prácticamente la fé que los animaba y llamaba la atencion de los pueblos ver entrar á los templos á aquellos rudos veteranos y arrodillarse pidiendo con humildad y fervor el remedio de sus necesidades. «El aspecto de un valiente guerrero, dicen las Memorias antes citadas, que prosternándose ante los altares del Dios Omnipotente, implora su auxilio, es un espectáculo hermoso que revela la nada de las grandezas humanas: hay algo de magestuoso y sublime en ver á un hombre, respetado y temido de sus semejantes, conocer su pequeñez y orar con devocion y humildad en el templo de su Creador.»

El dia 9 de Marzo empezaron á entrar á S. Luis Potosí los restos de aquel ejército que en fines de Enero habia salido de allí mismo tan lleno de entusiasmo para ir á combatir con los enemigos de su patria; y por esa desgracia que seguia á México en todos sus pasos, despues de una batalla tan gloriosa como la de la Angostura, el ejército volvia reducido á ménos de la mitad y en un estado tal de desaliento y desmoralizacion como si hubiera sufrido los horribles estragos de una completa derrota. Y como al llegar á esa ciudad se recibieron noticias de los trastornos políticos ocurridos en México, determinó el general Santa Anna que solo se dieran á las tropas cuatro dias de descanso, que sirvieron tambien para reorganizar los cuerpos refundiendo unos en otros.

## CAPITULO VIII.

### Continuacion de la materia del capítulo anterior.

A la vez que en los Estados de Nuevo-Leon y Tamaulipas pasaban los acontecimientos que hemos referido, otros hechos se verificaban en los demás puntos del territorio mexicano, donde los invasores habian puesto su mira para usurparlos.

En el mes de Febrero de 1846 se introdujo al territorio mexicano en la Alta California el capitán Fremont ingeniero del ejército de los Estados-Unidos, y con pretexto de una comision científica, obtuvo permiso del comandante general que era el coronel D. José Castro, para recorrer el país acompañado de una fuerza de rifleros; y el 14 de Mayo uniéndose á esa fuerza todos los aventureros americanos que se hallaban esparcidos en las márgenes del Rio Sacramento, proclamaron la independenciam de las Californias, acompañando-este escándalo con el despojo de las propiedades y asesinatos de los mexicanos que trataban de poner resistencia.

El comandante general pidió explicaciones al comandante de un buque americano anclado en la bahía de S.